

cimiento) ofrece una visión de utilidad. Los errores serán de enfoque y de la complejidad del hecho escarmenado, pero nunca de intención o fidelidad investigadora.

BENJAMÍN ROJAS PIÑA. ✓



<https://doi.org/10.29393/At386-31PHLY10032>

Perspectivas del Hombre, por PEDRO ZULETA GUERRERO, TULIO LAGOS
VALENZUELA y LUIS FUENTEALBA WEBER

TRES MOSQUETEROS del espíritu se han sumado en esta hazañosa andanza, como es la de entregar a la luz pública de esta tierra tan poco dada a la digresión metafísica, un manojo de ideas, reflejo vívido de la búsqueda conceptual y anímica del hombre, sostenida desde las cosmogonías hasta el interrogante pavoroso del presente. Comprometedora empresa ésta de explorar con criterio multifocal, el confuso, abstruso, contradictorio mundo del pensamiento, aunque el haz luminoso apunte sobre zonas determinadas. El espíritu, esencialmente inquisitivo y removedor, ha creado a través de su historia insomne y alucinada una abrumadora selva, en que primero la imaginación estremecida por el temor, luego la intuición encendida y más tarde el pensamiento organizado, le han dado temible o enervante prestigio.

Como sus autores lo advierten, el libro parece estar destinado a promover en nuestro medio el interés por la tarea filosófica, a fin de que el habitante de estas latitudes conquiste una postura mental útil para la comprensión o el atisbo de los problemas que la vida actual le formula. En las primeras páginas se lee: "Es privativo de la filosofía proporcionar una base de sustentación segura al hombre contemporáneo" . . . "Debe mostrarle la verdadera ruta que lo conduzca al cumplimiento de su misión y a la salvación de su destino".

El libro, breve, incluye dos trabajos colectivos en su primera parte: "En torno a la idea filosófica del hombre" y "El hombre y el aprendizaje de la filosofía". Las partes siguientes comprenden cortos ensayos: "Hombre y conciencia", de Pedro Zuleta; "El hombre y su ubicación", de Tulio Lagos, y "Hombres eminentes", semblanzas de don Enrique Molina, Augusto Comte y Emilio Durkheim, de que es autor Luis Fuentealba.

Antes de examinar el contenido del libro cabe sugerir que el tema, "El hombre y el aprendizaje de la filosofía", tal vez altera y descompone el ni-

vel del ideario y le asigna desde un comienzo cierto acento pedagógico que no se concilia con el fondo esenciado del texto. El título observado nos hace pensar en aquello que siempre trastabilló en la docencia chilena: la enseñanza de la filosofía. Aprovecharemos, pues, la observación para referirnos a ciertos puntos que los relatores no resuelven y registran solamente, como alguna vez lo hemos leído en textos escolares. La enunciación de los subtítulos del trabajo aludido, "Fines de la educación", "¿Por qué se debe enseñar la filosofía?", "A quiénes debe enseñarse la filosofía", "¿Qué debe enseñarse? ¿Cómo debe enseñarse?", "La libertad en la enseñanza de la filosofía", hará comprender la intención didáctica del trabajo. En el segundo subtítulo se lee: "Así como el hombre maduro se plantea problemas acerca del sentido de su existencia y de la vida en general, de la sociedad y del universo e intenta darles soluciones, esta problemática adquiere mayor énfasis en el adolescente. Nadie puede discutir que el hombre es un ser con inquietudes filosóficas, ansioso de conocimiento y orientación. A la filosofía le corresponde proporcionarle los elementos de juicio necesarios..." No hablamos del niño, que según algunos pensadores hace filosofía embrionaria con sus "¿Qué?" y "¿Cómo?" Quien conozca directamente nuestra geografía humana sabe que el adolescente de la provincia se enciende en la pasión deportiva y en la convivencia lugareña, salvo algunos temperamentos escasos. En la gran ciudad chilena el joven fluctúa entre el ahogo doméstico, pasivo o excitante y el acoso de la vida externa que lo desafía y lo burla. En el trance, el instinto, afinado en la cotidiana pugna o siempre obscuro y adusto, le permite bracear en la vida. ¿Necesita orientación? Vaya si la necesita. ¿Quién se la dará? ¿El hogar? Sabemos cómo vive el hogar en nuestra sublime mesocracia, tanto en las capas altas donde existe una "ñaña" tolerante, como en el plano inferior donde nadie sabe de nadie. ¿Da esa orientación el colegio? En muchos casos sí, aunque no es la "clase de filosofía" la que triunfa, sino el profesor jefe. Esta orientación es destruida por el hogar en el 90% de los casos. La clase de filosofía no orienta, porque el alumno —un temperamento de ritmo incontenible—, en lugar de ser canalizado, conducido humanamente con la palabra cálida, viva, del profesor, es encadenado, inhibido por el "no debemos", "no hay que...", "no conviene", hueros, fríos dentro de una disertación convencional, memorística, dictada "en difícil" para infundir respeto y temor. Los muchachos, entretanto, duermen o fabrican dibujos droláticos, mientras el catedrático se eleva sobre las más sublimes doctrinas del ser y del saber. Cabe una revolución

en programas y métodos si se quiere dar al adolescente esa actitud que conjugue en la vida.

Superado el escollo entramos en el libro. Si en su primera parte se advierte faena de grupo, más que nada en el ideario, pues la forma denuncia una misma pluma, en los tres aportes siguientes ya enumerados se perfilan tres estilos, vale decir tres fisonomías definidas en el proceso de exposición y revisión de conceptos y doctrinas.

Especial valor tiene el primer ensayo y su verificación nos parece necesaria antes de seguir con los otros aportes. "La idea filosófica del hombre" perfila la inquietante perspectiva del pensamiento en la hora presente, el lacerante dualismo o alternativa del hombre en el mundo y del hombre en sí. Tras extraer los conceptos cimeros de las doctrinas dominantes en el siglo XIX, se apunta hacia la incógnita de la conciencia contemporánea, en que la humanidad parece desintegrada y evadida sobre huellas o sendas surgidas bajo la presión implacable de una realidad negativa y cruel. Desde el intuicionismo al marxismo, existencialismo, pragmatismo, empirismo y otras fórmulas mentales, el hombre se entrega a prácticas de vida que responden de modo más directo a la pregunta de la conciencia alterada o de la víscera insatisfecha. "Todas las corrientes parecen estar de acuerdo en algo fundamental: el hombre debe y tiene que ser salvado." Parece deducirse de ello la urgencia en sustituir lo especulativo y metafísico que hasta ahora sólo ha mostrado su inoperancia ante el ser individual o colectivo de este siglo, por lo fenoménico y vital, como una manera de alcanzar la mínima clarividencia y el ritmo diligente de la conciencia y la voluntad. Mientras las ciencias físico-químicas han caminado ayudadas hasta ayer por la filosofía y continúan su insólito avance, hoy temible, la filosofía actual no cubre la retaguardia de la humanidad con un decálogo eficaz en lo que toca a la vivencia del pensamiento y a la salvaguardia de una superior sensibilidad. La ciencia, huérfana de videncia social, humana y universal, no generará la armonía entre el hombre y el cosmos y entre el hombre y su yo. Leemos: "Entre el hombre que filosofa y la filosofía debe haber más que una relación intelectual, una vinculación vital". ¿La secuela de horror y muerte del mundo occidental no se debe a esta falta de nexo entre el pensamiento y la vida? El hombre actual no necesita una historia de la filosofía ni una exhibición conceptista o dialéctica más o menos abstrusa o sabia, sino una visión esclarecida y sugerente del mundo a través de su candente entraña y de su ágil conciencia: "Creemos, expresa el ensayo en su parte final, que

es necesario vivir una nueva concepción del Universo con una reordenación de todos los valores..." ¿En qué consistirá esta reordenación? ¿En oscurecer más aún "las perspectivas del hombre" o señalar el camino sencillo hacia la tierra bajo el sol siempre fecundo, como se insinúa ya en el mundo nuevo, rebrotado, que asoma por Oriente?

El tema "Hombre y conciencia", insinúa en su relator, el doctor Pedro Zuleta, a un estudioso. Surge en el ensayo el bosquejo del hombre enfrentado con el mundo que lo excita o abruma, y se hace presente al mismo tiempo el instrumento de percepción con que el ser pensante y emotivo bucea en el misterio universal. Tal instrumento es la conciencia que registra la evidencia y la valoriza en las cifras de un código vigente para lo social y moral. Aparece esta facultad del hombre con su perspectiva histórica, desde el inicial atisbo de una realidad hasta la percepción sublimada que guiará al ser por los complejos cauces de la existencia. Si como lo estampa el autor, la conciencia ha dejado de ser hoy un instrumento de simple registro "físico" de los hechos externos e internos, ello determina que la tragedia de la humanidad desde la vida tribal hasta nuestro siglo se traduce en el signo de una conciencia "impávida". Esto no lo apunta el autor, acaso para no romper la tónica expositiva e impersonal del ensayo. Tampoco quiso decir que en los momentos cruciales de la historia humana, la conciencia sólo ofreció horizontes a la pasión y al egoísmo y ninguna filosofía señaló el peligro, para buen provecho de los credos religiosos. Pero el expositor no puede seguir insensible ante las mareas del tiempo radiactivo, y percibiendo como millones de seres su alarmante rumor, pregunta: "¿La vía crucis de la humanidad se encamina hacia la integración de una conciencia universal? ¿La estructuración del pensamiento apunta a un "darse cuenta" de todo lo que acontece?"

Habla en seguida de los grados de conciencia, de los muchos significados del concepto y entra en una disertación enumerativa en que afloran las figuras de San Agustín, Descartes, Kant, Fichte, Hegel, cuyos conceptos apuntan desde la autocrítica hasta el juego metafísico para el cual la conciencia encuentra su culminación en el saber absoluto. El autor le asigna su fecundación vital en el positivismo, con el cual "surge una orientación que persigue encontrar sus concomitantes o fundamentos psico-fisiológicos, es decir, reducir la conciencia a puros y simples procesos biológicos". Señálase la importancia de Spencer, Brentano, Husserl, Bergson; de Max Scheler y su "mundo de los valores", de Freud, con su conciencia reprimida y el sub-

consciente prístino y esencial; de Hartman, Dewey y W. James. Finalmente, Sartre, el existencialista, con su afirmación de "la conciencia de un hecho o cosa del cual se es responsable". Tal acopio de nombres, citas y doctrinas no permiten al ensayista alcanzar una definición de conciencia ni decidirse por un examen valorativo de los conceptos expuestos, de su esencia y proyección, en afinidad con las preguntas que luego se formula invocando a Kant: "¿Qué se puede hacer?, ¿qué se debe hacer?, ¿qué se debe esperar?" "Podemos concluir —agrega— que todavía no estamos en condiciones de responder —desde el atalaya científico— acerca de lo que es la conciencia en sí misma." Al final, extrae de cada doctrina las ideas y proposiciones que de nuevo dejan planteado el problema. Entre tales conceptos hay algunos que pudieran haber dado campo a esa tercera dimensión que echamos de menos en ciertas zonas del trabajo: "La conciencia es una realidad dinámica que evoluciona conjuntamente con el progreso del mundo, del hombre y de la cultura." "La conciencia moral sólo es posible en el ámbito de una convivencia libre..." ¿Cuáles entre las doctrinas requeridas apuntan a las etapas más inquietantes y vitales de la evolución humana? ¿Cuáles inciden en la angustia y en la tensión colectiva? ¿Cuáles conducen al destino integral de la filosofía? En cuanto a la "conciencia moral", tal concepto queda supeditado al fenómeno "conciencia" y el interrogante contemporáneo parece asignarle un valor inocuo. El ensayo, vaciado en lenguaje didáctico, acusa prudencia y sujeción al canon.

El tema titulado "El hombre y su ubicación", a cargo de Tulio Lagos, entrega una clara síntesis del pensamiento actual en torno al hombre, la sociedad y la cultura. "Ni la idea del "homo faber", que lo ve como un impenitente fabricante de utensilios e instrumentos; ni el "animal metafísico", que lo mira como orientado hacia lo trascendente para liberarse del terror cósmico; ni el "hombre enfermo" de Freud, ni el "ser para la muerte" de Heidegger y la escuela existencialista, representan al hombre mismo, no son por sí solas capaces de revelarnos su esencialidad." Luego apunta sobre el hombre el concepto iluminista y anecdótico de las religiones, seguido del enfoque filosófico que lo alza sobre el mundo desde las sombras del miedo y del asombro hasta el instante actual en que intenta explicarse el mundo externo y el misterio angustioso de un yo en sísmica tensión. La psicología a través de Freud, Adler y Jung, define con su indagación experimental, flexible y alucinante, ciertas zonas del ser y enriquece el concepto y el valor del hombre integral: cuerpo y ánima. Con tales antecedentes desemboca el

hombre en la sociedad, en el medio gravitante, dinámico, y en consecuencia, evolutivo. "La vida en su doble aspecto individual y social es realidad dinámica que cambia y evoluciona. El pensamiento proviene de la acción, escribe el sabio Langevin, y en un ser humano normal tiende a volver a la acción. Se genera, pues, por la experiencia y tiende a ser pragmático, útil, operante." La cultura es un resultado de la evolución social, "es un proceso vivo" y sus expresiones en el arte, la literatura, la idea, cobran valor decisivo, apuntan al futuro ascendente.

La ubicación perínclita del hombre impone su responsabilidad para crear un mundo colectivamente armonioso, profundamente humano, en que la vida material contenga las necesarias satisfacciones, con lo cual se habrá creado la base de una personalidad liberada de la penuria social. Poseyendo el hombre una conciencia activa, vital, su pensamiento estará presente en la defensa de los valores culturales y en la eterna y desvelada búsqueda de nuevos caminos, como cabe al destino del ser pensante.

El ensayo pertinente, vertido en lenguaje flexible, claro y expresivo, propugna una actitud del hombre ajena a la mera especulación filosófica y señala el destino solar de todo pensamiento: su inmersión en la sociedad, su expansión en la vida. Se orienta decididamente hacia un "nuevo humanismo", perspectiva que los sucesos surgidos en la más densa al par que anchurosa geografía humana y telúrica transfunden en la nueva realidad del hombre.

"La búsqueda filosófica en Enrique Molina", "Comte, la realidad y sus proyecciones" y "La objetividad en la sociología de Durkheim", son los títulos abordados por Luis Fuentealba.

Al enfrentar la personalidad de Enrique Molina, el maestro que hoy, pese a su alejamiento de la cátedra, continúa ejerciendo un apostolado no sólo en los ámbitos de la Universidad de Concepción, sino en la más pura espiritualidad chilena, Luis Fuentealba nos entrega el sùmmum luminoso y sensible del pensamiento del maestro. No podía haber sido de otro modo, desde que la faena espiritual en nuestro país alcanzó jerarquía y dignidad en el acento íntimo, en la ferviente y esencial perceptiva de Enrique Molina, filósofo y profesor, vale decir pensador y guía en el destino inmaterial de nuestra patria y de América. El trabajo señala los aportes que Enrique Molina entrega para una dilucidación de los problemas que fustigan la razón humana. "El método que sigue Enrique Molina en la fundamentación y construcción de su sistema filosófico es el diálogo, una discusión entablada

con diferentes pensadores... Así, lo que surgiera como una nebulosa primaria se aclara y se depura". Indica el ensayista el libro "De lo espiritual en la vida humana", como la obra decisiva del maestro, pues en ella cabe su "concepción del universo". "El espíritu y la materia no pueden separarse del Ser. Espíritu y materia, que en su esencia no son algo diametralmente opuesto, se identifican con el Ser", explica el profesor Fuentealba para mostrar el substrato espiritual de la doctrina del maestro. La indagación de los valores espirituales no podría ser lograda felizmente sin la libertad, condición nítidamente humana, que en un medio social y económico como el nuestro, constituye salvaguardia y consuelo... Termina el ensayista la silueta del maestro con este juicio: "Se ha de admirar al pensador que está realizando una labor constructiva, a aquel que ha mirado cara a cara la realidad y la esencia del Ser..." "Enrique Molina es, en ese sentido, un pensador, un auténtico filósofo."

La doctrina positivista fluye con sus luminosos aciertos y sus penumbras frente a la crítica actual; se advierte su vuelco trascendente hacia los fenómenos sociales y su identificación con la disciplina científica. "Lo que niega (Comte) es que la ciencia como explicación de los hechos pueda aceptar la presencia o existencia de causas trascendentes, de causas ocultas". Aunque muchas ideas emanadas del sistema comtiano han sufrido la presión del tiempo, sus conceptos capitales alcanzan hoy mayor validez en cuanto al destino científico y filosófico. Su método de enfoque de los hechos sociales ha desembocado en la ciencia que ayuda a iluminar el camino del hombre sobre la tierra: la sociología, nexo que antes de la insurgencia positivista no existía entre el deambular metafísico y la realidad del hombre colectivo.

Cuanto a "La objetividad en la sociología de Durkheim", el expositor determina como antecedente de la "sociología como ciencia", la posición de Comte, su visión filosófica y su concepción científica particularmente practicante. El autor precisa el camino seguido por Durkheim para construir un método de examen del hecho social, ajeno a los empleados por la filosofía y la psicología. "Los hechos sociales deben ser tratados como cosas". Esta posición es ventilada en el ensayo para determinar la zona privativa de la ciencia social. Le interesa a Durkheim establecer un método, "Perspectivas del hombre", vale por un esfuerzo merecedor de todo estímulo, pues ha permitido perfilar tres individualidades exigidas de modo diferente por las incitaciones del espíritu actual.